

Apuntes para un homenaje a Ángel Rama

Hugo Achugar

La biblioteca de Ángel Rama está en Montevideo; acaba de ser instalada en la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República. Un aula de dicha Facultad lleva su nombre, en San Pablo hay un grupo de estudios que se denomina Ángel Rama y en otras ciudades de las Américas hay cátedras y homenajes a quien fuera maestro e intelectual de muchos en muchas partes. Ese es el balance exterior de la obra de este uruguayo que murió trágicamente hace diez años.

En esta primavera montevideana me pregunto, sin embargo, por dónde comenzar, qué rescatar, qué homenajear. Ángel Rama fue muchas cosas y sobre todo escribió y pensó sobre múltiples obras y aspectos de nuestra América. Pensó, como pocos, nuestra cultura y se peleó por ella. Rama fue un intelectual y un maestro cabal que no terminaba su labor en el aula o en el ensayo. No fue, además, un intelectual complaciente y mucho menos un hombre atado a esquemas o manuales. Lo fundamental, quizá, fue precisamente su libertad de pensamiento y su pasión por la cultura de esta parte del mundo. Libertad y pasión que lo llevaban a no restringir lecturas, a bucear en otras culturas y también a abrir horizontes.

Me interesa comenzar por el rescate de Ángel Rama como individuo pues a veces en la lectura de una obra se

pierde la humanidad. La mentada muerte del autor que Michel Foucault y tantos otros han proclamado corre el riesgo de la deshumanización, y lo que ocurrió hace diez años y hoy recordamos no fue simplemente el cierre de un discurso crítico, la clausura de una actividad intelectual.

En la memoria está el periodista, el profesor, el crítico, el dramaturgo y también el individuo; sobre todo el individuo. Entonces, y entonces son las postrimerías de la década del 60, Ángel Rama era todas esas cosas pero todavía no era el individuo. Desde mis veinte años de lector y alumno asombrado por todo lo que pasaba en esa etapa de intensas transformaciones, Ángel Rama era un paradigma de sabiduría, energía y actividad. Por la inseguridad y la inhibición que provocaba una figura intelectual como la de Rama no era fácil acercarse al individuo. Por suerte, pude llegar a conocerlo más allá de su condición de profesor y lúcido crítico; pude descubrir así que Rama era un ser generoso y entusiasta que alentaba a los jóvenes y no les imponía su conocimiento para abrumarlos. Esa generosidad nacía del convencimiento de que la cultura no era una labor individual ni aislada, sino que debía ser realizada por equipos, por comunidades.

Además del individuo estuvo el crítico, el docente, el intelectual. La lectura de sus ensayos sobre el modernismo, sobre la novela contemporánea, sobre la transculturación y sobre la ciudad letrada sigue aportando. Incluso, sus reflexiones sobre las modernidades anuncian toda una concepción sobre lo que inmediatamente después de su muerte sería la discusión sobre la posmodernidad. Rama vislumbró los conflictos teóricos y culturales de su época y aunque no utilizó la categoría de la posmodernidad su historización de la modernidad mostraba que había captado las transformaciones en curso.

Unos meses antes de morir, Ángel Rama visitó Caracas. Conversé con él muy brevemente, en el hotel

donde se hospedaba, sobre algunos temas que me preocupaban, y lamenté la sensación de una creciente soledad en el trabajo que estaba realizando. Me dijo entonces que a medida que uno llevaba adelante su proyecto intelectual la soledad crecía y que esas eran las reglas del juego. Para la imagen que yo tenía de un Ángel Rama cosmopolita y siempre rodeado de interlocutores, lo que me decía sonaba extraño. Ahora me doy cuenta de que no, que en definitiva su reflexión –la que mostraron varios de sus últimos libros– era vertiginosa y que pocos podían en ese momento seguirle el ritmo. Entendí también que había jugado, entregado su vida a una sola carta, a una sola pasión: la de la cultura latinoamericana. Entendí además que eso permitía explicar sus muchas polémicas, la libertad de su pensamiento, su intensa creatividad. Fue un lector voraz por la sencilla razón de que tenía una profunda necesidad de entender lo que éramos.

Nos han quedado sus apasionadas lecturas, su impulso y su dedicación a nuestra América. Y no es poco.

Estoy seguro de que en estos apuntes no está Ángel Rama. No es fácil rescatarlo, tampoco necesita ser rescatado. Está allí, permanente, entre los grandes. Quisiera, sin embargo, recordarlo de otra manera. Quisiera recordar su sonrisa, su presencia física imposible de obviar. Quisiera que en esta hora de recuentos y homenajes no se nos quedara convertido en materia de papel aun cuando su vida haya sido dedicada a la escritura y a la acumulación de papeles. Quisiera recordarlo más allá de *Marcha* o de la Biblioteca Ayacucho, recordarlo con Marta Traba, infagitables ambos en el trabajo y en la pasión. Pero prefiero terminar con otra imagen, con el Ángel Rama que apostó a la libertad de pensamiento y de acción. Esa pasión por la libertad es su mejor legado, uno necesario en este presente en el que estamos tratando de reconquistar el derecho a soñar aun cuando más no sea en soledad.

Montevideo. 1993